Modelos esenciales de “Educación - Comunicación para la movilización”

Yasmine Cajuste

Hermanos y hermanas vicentinos,

Las diversas reflexiones de este día constituyen, más allá de sus temas particulares, un conjunto que nos invita a reconsiderar la diversidad de nuestras experiencias vicentinas y a examinar los caminos del futuro que se presentan ante nosotros.

Por lo tanto, mi participación en los temas sobre formación y comunicación vicentinas para la movilización en la era de la información, se sitúa dentro del contexto presentado anteriormente por nuestro hermano. Permítanme que recuerde algunos de sus componentes:

- Estamos llamados a acoger al extranjero en este año jubilar y más allá de este tiempo de celebración, en fidelidad al espíritu de nuestro fundador que supo salir al encuentro del otro, de los más desfavorecidos, en una actitud de apertura que permite la transformación del corazón y la mirada sobre uno mismo y el mundo;

- La Familia Vicentina, como movimiento, va más allá de los límites impuestos por nuestras estructuras organizativas para unirnos como agentes de cambio que somos alrededor de un objetivo común: terminar con la pobreza, vivir en un mundo más justo y fraternal, construir sociedades donde todos tienen su lugar, la venida del Reino...

Partiendo de ello, veremos cómo la Familia Vicentina está llamada a redescubrir a Cristo y a San Vicente como modelos esenciales de educación y comunicación. La contemplación del relato de los discípulos de Emaús y el recuerdo de la tradición vicentina se convierten así en los cimientos de una formación y comunicación que son fieles a sus orígenes, pero que están atentas a nuestro tiempo. Al escuchar a los más pobres, especialmente al extranjero que debe ser acogido como un hermano, el movimiento vicentino puede convertirse en un agente de cambio que permite que la educación sea un proceso permanente de transformación interna y colectiva que utiliza la tecnología como una herramienta de movilización al servicio del Reino. Este enfoque requiere identificar con valentía los desafíos actuales e implementar estrategias comunes, audaces y efectivas con el fin de poder abordarlos.

1. Cristo, mensajero y maestro

Reflexionar sobre lo que debería ser la formación y comunicación vicentinas es, en primer lugar, considerar el ejemplo de Aquel en quien están enraizadas nuestras vidas: Cristo mismo, mensajero del Padre. La venida de Jesús a la tierra puede relacionarse con diversos aspectos del evangelio, pero su misión consiste esencialmente en revelar a Dios, el amor de Dios. Por lo tanto, es portador de un mensaje: viene a revelarnos quién es Dios y su proyecto de amor para la humanidad. Tal es el significado de la enseñanza de Jesús: el sermón de la montaña, las parábolas, sus conversaciones con unos y otros recogidos en los Evangelios manifiestan, en un lenguaje comprensible para los hombres de su tiempo, la grandeza y profundidad del amor de Dios por su creación y por el hombre en particular. Pero más allá de la palabra, Jesús, que es Dios mismo, viene a comunicar la experiencia de su intimidad con el Padre, intimidad que Jesús quiere que sus discípulos y todos los que creen en Él experimenten. Viene a ofrecer a los hombres la posibilidad de convertirse en hijos de Dios, como como lo confirma Ga 4, 4: "Al llegar la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para que rescatase a los que estaban sometidos a la ley y nosotros recibiéramos la condición de hijos".

Este mensaje, que es una experiencia, requiere, en cierta manera, de dos elementos importantes: los actos / gestos que expresan este amor de Dios en el hoy de la vida de los hombres y, paralelamente la montaña sobre la cual él predica, el monte calvario sobre el cual da su vida por la salvación de todo el hombre y de todos los hombres. Así, el que subió a la primera montaña para enseñar las Bienaventuranzas, que puso en práctica acogiendo a los enfermos y a las multitudes, debía necesariamente subir a la segunda para llevar a término lo que había predicado.

Con Cristo nosotros descubrimos en una dinámica de comunicación y de formación fundamentalmente existencial: nace de un mensaje que debe transmitirse (el Evangelio, la Buena Nueva del amor de Dios), que se realiza en un encuentro interpersonal y en compartir una experiencia que provoque la transformación personal y aliente la misión: el compromiso con los demás.

Muchos pasajes bíblicos revelan este acercamiento pedagógico de Cristo: Zaqueo, la mujer samaritana, la curación del hombre que había nacido ciego, etc. Hoy, nos detendremos por un momento en el texto de los discípulos de Emaús que todos conocemos. El relato aparece en el Evangelio de Lucas, capítulo 24, versículos 13 al 35. Marcos hace una breve mención del mismo en el capítulo 16, 12 -13. Este pasaje, que constituye el paradigma del itinerario catequético de madurez cristiana, ha sido objeto de numerosos estudios; la limitación de tiempo que tenemos no nos permite hacer su lectura ni un análisis detallado del texto. Recordemos simplemente los hechos principales: dos discípulos desalentados abandonan Jerusalén, donde Cristo fue crucificado, desilusionados de sus esperanzas; se encuentran con un desconocido en el camino a quien descubren que es Cristo resucitado al compartir el pan. Dejando Emaús, vuelven donde se encontraban los otros discípulos para darles a conocer su experiencia.

A partir de este texto, de una riqueza extraordinaria, me limitaré a subrayar aquellos aspectos que son especialmente importantes para

el tema que nos interesa, la formación y comunicación vicentinas. Destaquemos lo siguiente:

- Es Jesús quien toma la iniciativa del reencuentro: "Jesús en persona se acerca y camina con ellos" (v. 15). Comienza situándose en el camino de los dos discípulos, interesándose en su historia y buscando descubrir su interior. Entonces nace una catarsis que los estimula a hablar acerca de lo que sienten en su corazón.

- Jesús aprovecha la desilusión y confusión de los discípulos de Emaús para explicarles las Escrituras, avivar sus corazones y conducirlos a la mesa de la Eucaristía (vv. 17-31). El encuentro se profundiza en el diálogo, permitiendo a los discípulos recorrer hasta el final el camino que los conduce a reconocer a Jesús: escuchar la Palabra que cambia el corazón y compartir el pan en comunidad.

- En el momento de reconocer a Jesús, los discípulos retoman el camino a Jerusalén: hay una nueva mirada, una nueva motivación, un resplandor en el horizonte. Hacen una elección y, habiendo reconocido a Jesús, anunciarán la experiencia tenida en el camino y en la casa alrededor de una mesa, lo que les permite entrar en la experiencia de la fe pascual e integrarse plenamente a este nuevo pueblo de Dios.

El relato de los discípulos de Emaús subraya que la formación-educación no consiste tanto en la enseñanza de algunas ideas, sino en cultivarse continuamente desde el punto de vista personal, social y espiritual. Es un proceso por el cual el ser humano se fortalece en la dirección que quiere dar a su vida, con la finalidad de continuar su camino de maduración y tener más vida tanto de fe como espiritual. Esta maduración no es solo el fruto del esfuerzo humano, la enseñanza que imparte el maestro o la actitud del discípulo; en el centro de esta experiencia está el Espíritu Santo. Su acción es posible o es preparada por la acogida, prevista o inesperada, del Maestro

que se toma el tiempo de caminar con el otro para disponerlo a que acoja y reconozca la presencia de Dios. Es por eso que, hacia el final del relato, cuando finalmente los dos discípulos lo reconocen, Cristo desaparece, no para dejarlos solos, sino para permitirles en adelante vivir libres, escuchando al maestro interior.

2. Formación y comunicación en la tradición vicentina

Esta actitud de acogida y apertura, esta presencia que sana, esta correspondencia armoniosa entre las palabras y los hechos, este llamado a poner también la vida en juego en los lugares de encuentro decisivos con Dios, son elementos que están constantemente presentes en la experiencia vicentina, desde sus orígenes hasta nuestros días.

Desde Vicente hasta nuestras modernas instituciones educativas, desde los comienzos del carisma vicentino hasta el dinamismo actual de la Familia Vicentina, este enfoque ha inspirado el trabajo de formación y comunicación vicentinas. No podemos considerarlo exhaustivamente, pero basta con señalar algunos aspectos de la tradición vicentina al respecto:

- Si bien es cierto que ni Vicente ni Luisa fueron pedagogos en el sentido estricto de la palabra, su actividad educativa siempre estuvo inscrita en el marco general del servicio a los más desfavorecidos. Constituye un complemento necesario de los esfuerzos para ayudar a las personas marginadas a salir de la ignorancia y la pobreza. Así nacieron las primeras escuelas vicentinas y Vicente estableció la Congregación de la Misión, una de cuyas tarea principales era la buena formación del clero.

- La visión de la formación se inscribe en la perspectiva global de la misión y del camino cristiano. A través de su propia trayectoria espiritual y a lo largo del desarrollo de sus obras, Vicente llega a comprender una verdad importante que se

convierte en una de sus máximas favoritas: "Los pobres son nuestros señores y nuestros amos". Místico de la caridad, Vicente se alimenta de la relación íntima con Dios en la oración, lo que le permite reconocer a Cristo presente en aquellos con los que se encuentra y mostrar su amor misericordioso en su relación con los demás, los más desfavorecidos, y en su dinamismo misionero.

- Los biógrafos de San Vicente también dan testimonio de su talento como comunicador. Observan con admiración que pronunció cientos de conferencias y escribió varios miles de cartas, sin contar las conferencias de los martes que presidió con notable pedagogía; cada una de sus iniciativas tenía la intención de consolidar y extender la misión que se le había confiado. En base a las inquietudes, preguntas y dudas de sus interlocutores o destinatarios, San Vicente fue capaz de transmitirles su propia experiencia, dar a conocer y apoyar la obra vicentina, animarlos a tener una comprensión profunda del Evangelio con el fin de servir a los pobres.

- A través de los siglos, esta tarea de educación y de comunicación centrada en el servicio a los pobres ha tomado formas diversas en los discípulos de San Vicente: Margarita Naseau (autodidacta y ansiosa por compartir sus conocimientos), Federico Ozanam (docente, defensor de la fe, quien junto a Rosalía Rendu inició su aprendizaje para servir a los pobres, Catalina (mensajera apasionada, pero discreta, de la Virgen), Rosalía (una hermana multifacética), Elisabeth Seton (fundadora de la red escolar estadounidense), por nombrar algunos. Cada uno de ellos ha perpetuado, a su manera, esta riqueza al acoger la vida de Dios y transmitirla en obras y acciones para los hermanos y hermanas, ayudándoles a pasar de una condición de excluidos al de la de sujetos de su propio destino.

Será necesario detenernos aquí un momento para señalar algunos aspectos metodológicos desde nuestro punto de vista. Por un lado, hablar de educación y formación vicentinas es volver a considerar una increíble variedad de experiencias que incluyen diferentes prácticas y múltiples contextos. La educación se refiere, en primer lugar, a los contextos formales de enseñanza y educación: escuelas, universidades, cursos de formación vicentinos, seminarios o noviciados. También se extiende al conjunto de espacios menos estructurados donde la formación se lleva a cabo explícitamente o no: las reuniones habituales de nuestros grupos, sesiones / campamentos / misiones, reuniones, buenas ocasiones para enseñar. Para tener en cuenta esta diversidad, evitaremos limitarnos a uno u otro aspecto para centrar nuestra atención, tanto como sea posible, en el proceso educativo en sí mismo, más allá de estas particularidades. Por otro lado, hablar de comunicación teniendo como fin la movilización, es partir de la comunicación como un proceso de transmisión de una información, un mensaje que toca, transforma y compromete. Desde Cristo hasta la actualidad lo esencial de este mensaje está en el Evangelio, que se vive e interpreta en la Iglesia, acogido y encarnado en una variedad de culturas, idiomas, organizaciones, generaciones, etc. Algunos elementos comunes han caracterizado el trabajo vicentino de educación y comunicación a lo largo de los siglos:

a) La escucha atenta y continua del Evangelio, celebrado y vivido en la Iglesia, pero también acogido en la vida cotidiana, ahí donde Dios se manifiesta a través de los acontecimientos y las personas. Esta escucha implica pasos tan variados como la meditación, la relectura de la vida y el intercambio comunitario de la experiencia interna.

b) La capacidad de salir al encuentro del otro, o más bien de Cristo en el otro, y acogerlo donde esté (espacio físico, circunstancias personales, cultura, idioma, etc.) al mismo tiempo que uno se deja transformar por este encuentro.

c) La constante preocupación de transmitir el Evangelio, con palabras y hechos, para extender el Reino de Dios mediante acciones concretas que manifiesten la presencia salvadora de Dios en la vida de los hombres.

d) La acción unida con otros, especialmente con aquellos a quienes servimos, para lograr una mayor eficiencia. Este esfuerzo conjunto se entiende no como algo accesorio, sino como un aspecto esencial para la credibilidad y el éxito de la misión.

He aquí, pues, algunos elementos relacionados con la formación y comunicación que los Vicentinos del siglo XXI estamos llamados a vivir y actualizar para que nuestro carisma de 400 años no pierda nada de su frescura y pueda transformar el mundo.

3. Los desafíos del mundo actual

Un recorrido histórico de las obras vicentinas desde los días de San Vicente y Santa Luisa nos revela fácilmente que cada obra nació por iniciativa de una o más personas que supieron reconocer un llamado del Señor en su tiempo, y que actuaron para satisfacer una necesidad. Las obras en las que estamos comprometidos hoy continúan obedeciendo a esta dinámica de tener una mirada abierta al momento presente, de corazones y manos que se comprometen con otros al servicio de los más necesitados. Sin embargo, las necesidades y las formas de responder son muy diferentes de las que experimentaron nuestros predecesores vicentinos. Es por eso que me gustaría ofrecer brevemente una visión de conjunto de los desafíos del mundo en el que vivimos. Soy consciente de que este planteamiento es audaz, que puede ser incompleto, pero sé que es importante para lo que vamos a decir a continuación sobre el tema que estamos exponiendo.

El contexto histórico actual se caracteriza por importantes cambios tecnológicos, políticos y económicos. La globalización se ha impuesto

con sus efectos contradictorios y su demanda de interconexión permanente. En este contexto planetario completamente renovado surge la pregunta sobre el significado último de nuestra existencia y la del mundo, con un rechazo de las formas tradicionales de fe y espiritualidad. En la *Evangelii Gaudium*, números 52 al 75, el Papa destaca algunos de estos desafíos:

- Una economía de exclusión y disparidad social que va acompañada de una "globalización de la indiferencia" y que engendra violencia.

- Una nueva idolatría del dinero que gobierna en lugar del servicio del hombre.

- Una cultura dominante que favorece la apariencia y descuida lo real.

- Un proceso de secularización que tiende a reducir la fe y la Iglesia a un nivel privado e íntimo y hace más difícil la inculturación de la fe.

- Culturas urbanas marcadas por la lucha por vivir, el surgimiento de nuevas culturas que llevan nuevas orientaciones de vida, la cohabitación de una gran variedad de formas culturales y diferentes formas de corrupción y crimen.

En este contexto, ¿cuáles son los desafíos particulares para la formación y la comunicación vicentinas? Creo que están organizados en torno a elementos de nuestra tradición cristiana y vicentina, que aparentemente son cuestionados por la sociedad postmoderna:

- Una educación / formación integral que tenga en cuenta todas las dimensiones de la persona.

- Una formación arraigada en la cultura y la realidad social, económica y política, iluminada por la riqueza de la enseñanza doctrinal de la Iglesia.

- Una comunicación que aprovecha las increíbles oportunidades que ofrece el desarrollo de la tecnología.

- Una formación y comunicación que tengan en cuenta la relación con el tiempo fragmentado y rápido.

- Una formación y comunicación que dispongan y preparen para la acción, en comunión con los demás, promoviendo una cultura del encuentro.

- Un cuestionamiento de nuestras prácticas individuales e institucionales (relación con los recursos que tenemos, uso de la información para la acción, visión común, etc.) que hacen posible la dinámica de un movimiento vicentino.

4. Algunas estrategias a favor de una formación y comunicación para la movilización

Ante los desafíos presentados, es esencial que la Familia Vicentina en su conjunto se tome el tiempo para reflexionar sobre las estrategias que les permitirán continuar viviendo y compartiendo la Buena Nueva del Evangelio en el mundo de hoy. Para que éstas sean significativas deben valorar lo que se ha desarrollado hasta ahora, inspirarse en los logros de estos 400 años y abrir el camino para una mayor eficiencia y puntualidad.

En lo que a nosotros toca, nos gustaría agrupar estas estrategias en torno a cinco (5) ejes principales: una pedagogía de la contemplación activa, una actitud de apertura, el intercambio de recursos, una reforma de nuestros esfuerzos de comunicación y una planificación estratégica a largo plazo.

a) Una pedagogía de la contemplación activa

Como hemos visto, la oración, la relación íntima con Dios, la escucha de su Palabra, el reconocimiento de su voluntad, debe ser el núcleo de la actividad Vicentina. Insistir en esto no significa que esté

ausente, sino que debe realmente constituir la primera y principal actividad. Por lo tanto, la oración vicentina, rica en metodología y formas, la meditación, la relectura de la jornada y de la vida y la interpretación de los acontecimientos en particular, debe volver a encontrar su carácter unificador y servir de ancla para la formación y acción vicentinas. Así es como ella puede promover la coherencia de vida y disponer para reconocer y servir a Cristo en la persona de los pobres. Además, la formación debe ser integral y tener en cuenta las diferentes dimensiones de la persona (conocimientos, experiencia, modales y saber ser).

b) Una actitud de apertura

Para vivir su ser de movimiento, la Familia Vicentina está llamada a desarrollar una cultura de acogida, de abrir sus puertas y ventanas, de dejarse cuestionar e interpelar por el otro, por otros. En este intercambio que renueva y enriquece, ella podrá descubrir nuevas formas y oportunidades de servicio. Es necesario resaltar aquí dos elementos esenciales: compartir experiencias de colaboración para fomentar una mejor práctica y buscar activamente asociaciones y oportunidades para trabajar juntos dentro y más allá de la Familia Vicentina. La revolución vicentina tomará un nuevo impulso cuando seamos capaces de esta apertura que transforma y compromete, que permite dar la voz a los pobres y tener un impacto real en las estructuras injustas que crean y alimentan la pobreza.

c) Compartir nuestros recursos

Ya se trate de formación o comunicación, no faltan recursos dentro de la Familia Vicentina. Una vez más, es necesario que la puesta en común sea real, efectiva y esté centrada en logros o problemas comunes. Algunas formas de este compartir podrían ser el intercambio eficiente de recursos humanos, la creación de espacios digitales bien estructurados y comunes que permitan una dinámica para dar y recibir o la colaboración entre instituciones

educativas vicentinas en diferentes niveles. Por ejemplo, una de las dificultades actuales de la Familia Vicentina es la continua necesidad de traductores o intérpretes de materiales y encuentros. ¿No sería extraordinario ver a las diversas ramas de la Familia Vicentina unirse creativamente para responder a esta pobreza común al servicio del Reino? Este intercambio de recursos ayudaría a fortalecer a nuestros grupos de base y los haría más capaces de actuar.

d) Una reforma de nuestros esfuerzos de comunicación

La presencia digital de la Familia Vicentina está fuera de toda duda. Sin embargo, ¿qué tan efectiva es? ¿Permite lanzar y alimentar acciones concretas en torno a problemas específicos? ¿Cómo hacer para que nuestra comunicación sea creíble, profunda en un mundo que vive cada vez más de "medios de comunicación low-cost", con canales de información continua? A pesar de nuestra gran presencia digital, tenemos muchos problemas para transmitir información a los diferentes niveles de nuestras asociaciones / grupos / congregaciones e incluso entre diferentes instituciones. La ausencia de un sistema de información más estructurado nos impide alentar o coordinar la movilización y el lobby en torno a las realidades que estamos llamados a transformar: la trata de personas, los problemas ambientales o el drama de la falta de vivienda global, por ejemplo. Presencia digital, sí, pero debe expresarse de maneras nuevas y contribuir al establecimiento de una red, más que una comunidad productiva, poderosa y gratificante.

e) Planificación estratégica a largo plazo

En un mundo tan globalizado, la Familia Vicentina no puede más permitirse el lujo de hacer cambios bruscos, de iniciar o modificar sus iniciativas de acuerdo con los eventos y las circunstancias. Requiere de una visión común y de un plan para el futuro, una planificación estratégica basada en la investigación y en previsiones, una elección común de prioridades que permitirá concentrar el

tiempo, los recursos y los esfuerzos en una sola dirección. Esto es en parte lo que se propone el Comité Ejecutivo de la Familia Vicentina con la Alianza Famvin para las personas sin techo que se lanzará a partir de mañana: unirnos alrededor de un problema grave y planificar acciones comunes, no necesariamente idénticas, que nos permitan responder a las situaciones de urgencia inmediata y de ponerles fin a partir de lo que ya hacemos. También sería interesante explorar la iniciativa del impacto colectivo que permite que un grupo de organizaciones aborde un desafío importante desarrollando y trabajando juntos para elaborar un mapa de ruta común para realizar cambios significativos dentro de una comunidad. El impacto colectivo requiere una comprensión compartida y multisectorial del problema por resolver, una visión común entre todos los interesados y un plan de acción basado en medidas compartidas y actividades integradas. Si la Familia Vicentina pudiera definir dos o tres prioridades para los próximos 10-20-30 años, sería más eficaz en sus esfuerzos, incluso más capaz de hacer una contribución definitiva a algunos de los desafíos del mundo de hoy. Todo esto no excluye la docilidad al Espíritu Santo.

Conclusión

Las estrategias sugeridas aquí no intentan agotar el tema. Estrechamente relacionados con la tradición cristiana y vicentina de educación y comunicación, ellas quisieran suscitar una reflexión profunda. Es quizá evidente que el punto de vista de la autora es el de una educadora. En realidad, la educación y la comunicación son dos dimensiones estrechamente relacionadas, y por eso es lógico que se hayan agrupado en un mismo tema. Para que la Familia Vicentina continúe dando vida y forma al carisma que heredamos hace 400 años, es importante que nuestro enfoque de formación y comunicación tome en cuenta los desafíos actuales. En el contexto de un mundo globalizado, debe admitir expresiones espontáneas del carisma bajo la influencia del Espíritu, pero no puede evitar la

necesidad imperiosa de organizarse alrededor de ejes programáticos que permitan un impacto real y efectivo en las vidas de los más desfavorecidos, especialmente en aquellos que parecen no tener ya lugar. Dicho esto, dejo el tiempo necesario para la reflexión personal y para los intercambios que nos ayudarán avanzar en las aguas profundas.

Traducido del francés por José Antonio Ubillús Lamadrid, C.M